

Globalización, identidad y lucha agraria en el noroeste de Chihuahua

Esperanza Penagos Belman*

Ocuparé este espacio para reflexionar cómo pueden ser pensadas en la actualidad “las identidades colectivas” de los productores agropecuarios del noroeste de Chihuahua frente a los efectos de la globalización y una política de desarrollo neoliberal que, antes que construir sociedad o “densidad social”, tiende a destruirla (véase Zermeño, 2005, para una definición de “densificación social”).

Con el propósito de ordenar esta reflexión, dividiré la exposición en tres grandes apartados: en el primero describiré en forma el tema central de mi proyecto de investigación, con la idea de suscribir sus límites y, sobre todo, dar un contexto para los apartados subsecuentes. En la segunda expondré cuatro aspectos clave que desde mi perspectiva han sido definitorios en la constitución cultural e identitaria de los pequeños y medianos productores agropecuarios en el noroeste de Chihuahua. Cabe mencionar que señalo estos cuatro elementos como puntos a desarrollar en un análisis posterior.

Finalmente, en el tercer apartado intentaré presentar a manera de reflexión el camino que se ha tomado en el noroeste de Chihuahua en relación con la organización campesina frente a la imposición del modelo de desarrollo neoliberal.

El título de mi proyecto de investigación es “Respuestas campesinas al modelo de desarrollo neoliberal en el noroeste de Chihuahua: un análisis de las organizaciones productivas”. Como su nombre lo indica, el objetivo consiste en analizar las respuestas que los campesinos, los productores de granos básicos de la región noroeste de Chihuahua, han generado para afrontar un modelo de desarrollo impuesto para el agro mexicano desde la década de 1980; sin embargo, de la infinidad de respuestas que se han desarrollado, prestaré atención en particular a las vinculadas con la organización productiva.

En relación con la antropología mexicana, mi investigación se circunscribe al estudio clásico de las formaciones campesinas iniciado en México en la segunda mitad de las décadas de 1960 y 1970.¹ Sin embargo, me planteo analizar la expresión de un tipo de campesinado muy poco caracterizado y estudiado por dicha ciencia social: se trata de un “sector del agro chihuahuense” (los medianos propietarios privados) que han sido “insuficientemente” estudiados por la antropología mexicana, dado que se ha privilegiado como “objeto de análisis clásico”

* Centro INAH Chihuahua.

¹ Un panorama de los estudios agrarios en México en la antropología durante las décadas de 1970 y 1980 se puede leer en Paré (1991: 9-26). Por otra parte, Palerm (1980: 147-168) sitúa el origen de los estudios del campesinado en la vieja tradición europea, sumados a la experiencia mexicana existente desde principios del siglo xx.

el estudio de los campesinos de autosubsistencia o autoconsumo, “producidos” por una reforma agraria dirigida desde el Estado.²

II

En una caracterización del pequeño productor agropecuario de la región noroeste de Chihuahua pesan, a mi parecer, ciertos rasgos histórico-culturales que no podemos soslayar en cuanto a su configuración “identitaria” como grupo social. En concordancia con lo planteado por Orozco (1995) y González (1985), considero que entender la configuración histórica de la región es fundamental para discernir el “carácter y la construcción de una mentalidad particular”: la de los productores agropecuarios que pueblan esta región, otrora fronteriza. En esta forja de “identidad” del ser productor agropecuario en el noroeste chihuahuense importan a mi juicio algunos aspectos que enfrentaré en el desarrollo del análisis y que ahora desgloso brevemente.

El primero de ellos es la configuración regional del espacio social que ocupan. En este sentido es menester hacer hincapié en que se trata de un espacio de colonización tardía (siglos xvii y xviii). Con ello quiero decir que la zona del noroeste de Chihuahua constituyó un territorio relativamente autónomo del poder administrativo y político colonial mas allá de la época independiente; de ahí que se constituyera, al decir de Orozco (1995), una sociedad de productores libres e independientes agrupados en ranchos y pueblos que se fueron extendiendo y abriendo nuevas tierras para el cultivo.³ Esta sociedad de productores generó con gran esfuerzo y sacrificio su derecho a la tierra, incluso por encima de las poblaciones indígenas originalmente asentadas ahí. El propósito de explicitar este primer nivel de “pertenencia” se relaciona con ir desvelando la forja de un particular “modo de ser” del poblador temosachiquense,

² Cabe señalar que desde la historia social se ha trabajado en el análisis de las sociedades rancheras y los grupos oligárquicos del campo. Ejemplo de ello se encuentra en Díaz-Polanco (1982). Debemos agregar además los trabajos sobre las sociedades rancheras desarrolladas en el CIESAS Occidente y los del Colegio de Michoacán (Barragán: 1994).

³ Instalados en pequeños ranchos a lo largo de los siglos xviii y xix, estos productores fueron abriendo y expandiendo sus tierras de cultivo. Una parte de sus propiedades procedía de las viejas dotaciones hechas a los pueblos por las autoridades coloniales. Por ejemplo, en el caso de Namiquipa y Casas Grandes, pero otras estaban en sus manos como producto del fraccionamiento u ocupación irregular (o por medio del trabajo al partido) de las viejas haciendas y sobre las cuales tenían una propiedad meramente formal, “ya porque formaban parte de las antiguas tierras de las misiones jesuitas o de la Corona, de adjudicaciones de tierras de los pueblos indígenas, o simplemente porque se trataba de la ocupación de terrenos sin dueño visible” (Orozco, 1995: 25).

subrayado por su modos de interacción con el entorno y su modelo de organización productiva.

Un segundo elemento fundamental en la construcción de su identidad histórica y productiva es el trabajo, en este caso constituido por la agroganadería. En efecto, este territorio fronterizo y periférico comenzó en sus albores atrayendo a gente de diversa procedencia para la colonización de las tierras inhóspitas y el auxilio en las pocas haciendas y ranchos ganaderos erigidos por la Iglesia, o bien por las diversas instituciones de expansión hispánica, como los complejos mineros establecidos en la sierra Tarahumara o en Santa Bárbara y Santa Eulalia. Poco a poco la ganadería extensiva y el cultivo itinerante de maíz constituyeron el modo predominante de reproducción entre los pobladores de estos lugares.⁴

Un tercer elemento que observo como pivote de su constitución identitaria es que se trata de una sociedad ranchera. En relación con esta perspectiva, retomo los trabajos desarrollados por Esteban Barragán.⁵ Asimismo adopto la propuesta de Gilberto Giménez (1996) acerca de que la identidad es la dimensión subjetiva de la cultura y que no forma parte en exclusiva de un marco de interpretación y representación del mundo, sino por encima de todo una herramienta para accionar sobre él. En ese sentido no sólo se trata de “un modelo de”, sino un “modelo para” (Geertz *apud* Giménez, 1996: 20). Giménez (1996: 25) manifiesta que tal perspectiva nos lleva a considerar la cultura desde la óptica de los sujetos, más que de los objetos; en otros términos, a retomarla “bajo sus formas interiorizadas y no bajo sus formas objetivadas”.

Un cuarto elemento que nos parece definitivo para descifrar la lógica identitaria de estos productores agropecuarios es su casi permanente lucha por la tierra desde el siglo xviii hasta la quinta década del xx, librada desde diversos frentes y siempre contra distintos adversarios que obligaron a crear formas de organización específicas en cada caso.

⁴ En su análisis sobre las sociedades rancheras, Linck (1997: 19) menciona que aparentemente el maíz ocupaba el lugar central en el ordenamiento del espacio; sin embargo tras observar las prácticas de cultivo, manifiesta que el verdadero polo de reproducción era la ganadería y que los itinerarios técnicos tendían a centrarse en forma mayoritaria en la producción de recursos forrajeros en vez de la producción de granos.

⁵ Barragán (*apud* Linck, 1997: 15) las denomina así, ante la ausencia de categorías analíticas explicativas creadas por los estudiosos del agro mexicano, quienes han dejado a la saga el análisis de estas realidades rurales para privilegiar al campesino agrupado en comunidad, sea de origen mestizo o indígena. Según el autor citado, estas sociedades rancheras presentan ciertas características que será necesario tomar en consideración: a) el predominio de la propiedad individual, b) la ausencia en la formación de comunidades y más bien caracterizadas por la dispersión del hábitat, c) en el plano de los valores culturales, caracterizadas por un individualismo celoso, d) presentan un tipo de sociabilidad y de organización social propias que los diferencian tanto de las comunidades y de los ejidos como de las haciendas y los empresarios agropecuarios.

III

En esta tercera parte del trabajo reflexionaré sobre el significado para el productor agropecuario de la globalización, pero no para plantearlo en el terreno de sus beneficios, sino de sus efectos negativos y centrarme en lo que para ellos ha representado la pérdida de identidad productiva, pues como bien lo ha señalado Blanca Rubio (2001) en su análisis de los movimientos sociales agrarios en la época de la posguerra, ser campesino implicaba gozar de una identidad económica, política y productiva.

Frente a esta nueva fase agroexportadora neoliberal inaugurada en la década de 1980, la cual excluye estructuralmente al pequeño y mediano productor agrícola, éste no sabe cómo actuar ni a dónde dirigirse una vez que ha perdido “el sentido de su estar en el mundo”. Desde esa perspectiva cabría preguntarse cuál es la tarea que cumple a nivel económico la producción campesina ahora, cuando ya ha perdido su papel protagónico tradicional, es decir, la de “garante de la contención salarial mediante la producción de alimentos baratos” y cuando su actividad económica ha quedado reducida a constituir un exiguo complemento que apuntala el salario obtenido de sus actividades extraagrícolas.⁶

Por ello en esta tercera parte me referiré, aunque sólo se trate de una reflexión inconclusa, a los derroteros que detecto entre estos productores agropecuarios situados en el noroeste de Chihuahua en cuanto a organización productiva. En suma, cómo observo la organización de este productor agropecuario frente a un experiencia de organización política y productiva que resultó capital en un pasado mediato, pero que en el presente se percibe escasa, desarticulada y gobernada por el miedo y la desconfianza hacia “el otro”.

En este intento de respuesta a partir de mi trabajo etnográfico, y en particular las entrevistas con los “actores del campo”, lo dividiré en dos tiempos: el primero para cuestionar el concepto de capital social “a secas” y pensar desde él en lo que algunos autores llaman “la construcción política del capital social” (Becerra *et al.*, 2003) frente a la riqueza de la organización (política y productiva) existente en la región en la década de 1980 y escasamente en la de 1990. Y el de su repliegue, más que el de su pérdida, 20 años después.

⁶ Notas de clase tomadas en el seminario de Víctor Quintana (primera generación de posgrado en la ENAH Chihuahua). De ahí que sea una necesidad estructural, y por ende permanente, no sólo desde la implantación del modelo neoliberal en la reproducción de la fuerza de trabajo campesina, el ingreso de dicha mano de obra a múltiples y diversos trabajos estacionales, ya sea en el ámbito rural o el urbano. La migración temporal, y a veces definitiva, llegó para quedarse.

En un segundo tiempo retomaré la categoría de la incertidumbre (Giddens, 2006; Appadurai, 2007) para explicar el incremento desorbitado de la violencia, el miedo y la desorganización en el presente entre estos actores del campo, así como otros fenómenos colaterales producidos por la implantación del neoliberalismo y el ajuste estructural (fenómenos que desde mi punto de vista destruyen las pocas iniciativas existentes en la construcción de ese capital sociopolítico).

En 2006 Appadurai escribió un libro como resultado parcial de un proyecto de largo aliento que tendía al análisis de la violencia extrema surgida en la década de 1990, en un contexto donde el exterminio étnico y la guerra civil se convirtieron en la imagen del cada día en varias partes de nuestro orbe.⁷ Así pues, se propuso realizar un análisis de los efectos negativos de la globalización, mientras que otros se encontraban justo en el polo contrario, es decir, en el análisis de los beneficios que acarrearía este nuevo contexto, uno de ellos el de “la libre circulación de bienes, mercancías, capitales, armas, personas e imágenes” y el “imperativo resurgimiento [de] las ideologías neoliberales”.

A partir de categorías clásicas propuestas por Mary Douglas, Appadurai hace una relectura y recrea nuevos conceptos para explicar nuevos fenómenos, o más bien viejos fenómenos pero con expresiones nunca antes vistas.⁸ Tales categorías nos serán de utilidad para explicar en forma parcial la incertidumbre y la ansiedad que observo ante la pérdida de la “identidad productiva” en algunos de los productores agropecuarios de esta región, y que pasaron de ser “incluidos, aunque en forma subordinada”, a un modelo de desarrollo y producción agrícola, a resultar “excluidos del sistema” y convertirse en “los parias del campo” (Rubio, 2001).

En este tenor, responderé brevemente en voz de los propios productores qué ha significado para ellos la globalización iniciada con un programa de ajuste estructural. Sus muchos testimonios aluden a una situación llena de dificul-

⁷ Appadurai (2007: 24) explica cómo esta década denominada de “alta globalización se puede caracterizar como una década de violencia a gran escala, acompañada de un exceso de ira y odio que produjo formas nunca vistas de degradación y vejación del cuerpo y en el propio ser de las víctimas: cuerpos torturados y mutilados, personas quemadas y violadas, mujeres destripadas, niños con miembros cortados y amputados y humillaciones sexuales de todo tipo”. Su libro intenta explicar este excedente de violencia que con frecuencia tiene lugar en acciones públicas.

⁸ Appadurai se refiere, por ejemplo, a la renovación y vigencia de los fundamentalismos religiosos, a las nuevas expresiones de la guerra (por ejemplo, a partir del 11 de septiembre) ya no librada por Estados-nación y en defensa de territorios, sino llevada a cabo por una agencia, además de los etnocidios e ideocidios.

tades. No habían terminado de experimentar una prolongada etapa de sequía en la década de 1980 cuando comenzaron a advertir las primeras señales de este ajuste estructural consensuado desde el exterior. De manera paulatina vieron desaparecer los subsidios que por tradición recibían de las instituciones gubernamentales; el precio de los combustibles se incrementó y las equivalencias existentes entre el costo del maíz y el litro de diesel o de gasolina, que se habían mantenido por años, se perdieron.⁹ También comenzaron a desaparecer las instituciones estatales de apoyo al agro, como la Conasupo, y otras instituciones de apoyo financiero, como Banrural. Desaparecieron luego las aseguradoras que los habían apoyado en caso de desastre, como la Nacional Agrícola y Ganadera (Anagsa). En suma, se comenzó a dejar desvalido al productor nacional y al de la región.

Como sabemos, en el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988) se impuso la primera generación de reformas de ajuste estructural que en pocas palabras puede definirse como aquellas medidas de política económica tendientes a suprimir un conjunto de factores que impedían y distorsionaban la competencia en el mercado global. Así pues, en este periodo, en el ámbito agropecuario en particular, se comenzaron a desmontar los únicos instrumentos con que los pequeños y medianos productores agrícolas contaban a nivel nacional para un sinnúmero de tareas y actividades en el ramo: desde la obtención de un pedazo de tierra o la consecución de paquetes agrotecnológicos, como semillas mejoradas y fertilizantes, hasta el otorgamiento de créditos agropecuarios para la tecnificación y el aseguramiento de las cosechas, además del abasto y apoyo a la comercialización.

Ese ogro filantrópico llamado Estado mexicano, omnipresente desde la década de 1940 y que creció en forma desorbitada en la de 1970 mediante la promoción agropecuaria, comenzó a fenecer de un jalón y sin previo aviso. Se empezaron a “liberar” los precios de los insumos agrícolas, como los fertilizantes, energéticos y maquinaria. Asimismo se redujo en forma drástica la inversión y el gasto gubernamental en apoyo a la extensión y a la investigación agrícola, y poco a poco desaparecieron los precios de garantía. Todo ello se exacerbó con la apertura de la economía a las importaciones agroalimentarias, perspectiva apoyada por el ingreso de México al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros (GATT) en 1986. En síntesis, con base en Quintana (1994), podemos decir que durante este sexenio “se

⁹ Entrevista con Roque Cruz, productor agropecuario de Tejolocachic, municipio de Matachic, septiembre de 2001.

pusieron en práctica virtualmente todas las políticas de ajuste estructural promovidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional”.¹⁰

Esta primera generación de medidas de ajuste estructural tuvo continuidad en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, quien capitalizó los esfuerzos de su predecesor y no sólo no rompió los acuerdos establecidos por De la Madrid con los organismos financieros internacionales, sino que ahondó en ellos. De hecho, impulsó las reformas estructurales más decisivas para instalar “una economía abierta de Estado mínimo”, como la desregulación del mercado subyugada por la firma de diversos tratados de liberalización comercial, como el TLC, además de promover reformas a la Constitución para permitir la enajenación e intercambio comercial de la propiedad ejidal.

Cabe señalar que esta imposición de medidas de ajuste estructural generó una pluralidad de respuestas a nivel regional en la organización campesina. En un primer momento prevaleció un tipo de respuesta débil, mientras se observaban los ajustes en la vida económica que dieron pauta a formas de organización y construcción de redes y recursos muy cercanos al “modelo de gobernabilidad autoritaria de matriz Estado-céntrica” (Becerra *et al.*, 2003: 2), el cual tradicionalmente constituyó la forma de diálogo y obtención de recursos y bienes entre los grupos campesinos y el Estado, es decir, a través de su propia estructura corporativa y de su brazo campesino: la Confederación Nacional Campesina (Becerra *et al.*, 2003).

En efecto, en la década de 1980 los campesinos del noroeste aún se agrupaban en diversas organizaciones corporativas organizadas desde el Estado, correspondientes a sus formas de tenencia de la tierra, como los consejos de administración de las colonias o sus formas de representación ejidal. Recordemos que “todo esfuerzo de organización fuera de este modelo o independiente estaba destinado a morir de inanición o bien sufría de represión, pues la consecución de los recursos productivos (créditos, apoyos, extensionismo, etc.) eran monopolizados por el gobierno, el partido en el poder y por la organización sectorial” (Becerra *et al.*, 2003: 2). De ahí que, como también señalan estos autores, no se pueda hablar de capital social a secas, sino de construcción política del capital social, máxime cuando se

¹⁰ La reducción en el gasto público (incluyendo los servicios sociales), la eliminación u orientación precisa de los subsidios, la adopción de una reforma fiscal, la restricción del crédito, la privatización de una buena parte de las empresas estatales, la liberalización comercial, la devaluación, la abolición de barreras para la inversión extranjera y los salarios “competitivos”.

trata del México rural, “donde toda construcción de capital social entendida como la construcción de redes y de relaciones para que los campesinos accedieran a los recursos, o al mercado, o a las decisiones del Estado, siempre será un proceso de alto contenido político en cuanto atenta contra las relaciones de poder dominantes y en cuanto constituye un discurso tácito o explícito que desafía el monopolio de la representación política y de la asignación de recursos para los hombres y mujeres del campo”. Sin embargo, desde abajo comenzaba a darse una forma de organización autónoma que partió incluso desde el Estado mismo. Por ejemplo los productores de Gómez Farías, que en la década de 1980 se encontraban todavía enrolados en una lucha por la ampliación ejidal,¹¹ comenzaron a dar la batalla por la apropiación de su ciclo productivo y la obtención de recursos más allá de su organización corporativa.

Esta batalla formó parte de una madurez del movimiento campesino a escala nacional que irrumpió en la formación de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y otras organizaciones campesinas que empezaron a reclamar y a exigir una forma de organización autónoma e independiente del control del Estado (Robles y Moguel, 1991). Fue el tiempo en que el movimiento de los trabajadores del campo pasó por un nuevo tipo de movilización, centrado en la lucha por los recursos productivos, con lo que se inauguró una fase el que se comenzó a enarbolar “su derecho a sobrevivir y conservar su condición de campesinos”.¹²

En la región noroeste de Chihuahua, la década de 1980 fue el punto de partida de un nuevo tipo de organización campesina que centró sus demandas alrededor de los recursos productivos –por ejemplo, en busca de un mejor precio para sus productos–, y más tarde defendiendo su derecho al crédito y a las inversiones del gobierno (Quintana, 1991: 58). En el municipio de Gómez Farías se dio una lucha por la construcción de bodegas Conasupo¹³ frente a la llegada de una cosecha récord en el estado, la cual desbordó todos

¹¹ Entrevista a R. P. Gómez Farías, septiembre de 2008. Señala que para ese tiempo todavía se estaba pidiendo la ampliación del ejido de Gómez Farías. Se demandaba la ampliación con 3000 hectáreas que estaban bajo un decreto de inafectabilidad ganadera. Cabe señalar que para la década de 1980, ya se tenía 25 años de antigüedad demandando la ampliación. Dicha ampliación se hizo en el predio de Peñitas una fracción del Latifundio de San Miguel de Babícora cuyo dueño era Luis Terrazas comprado posteriormente por una compañía ganadera particular.

¹² Blanca Rubio (2001: 82) señala que la lucha por los recursos productivos se convirtió en el frente de batalla de mayor dinamismo de la lucha campesina en América Latina durante esa etapa.

¹³ Se trataba de esas bodegas tipo *wonder*, que son redondas, metálicas, con ventilación para airear las semillas, equipadas con ductos y por debajo de las cuales corre el aire. Algunas estaban preparadas para sacar la cosecha por ductos (entrevista con Rosario Ponce, septiembre 2008).

los graneros habidos en la región y que se empalmaría con la pelea por el mejoramiento de los precios de garantía.

Cabe señalar que tal iniciativa de construcción de bodegas surgió desde las propias instituciones del Estado, con promotores del Sistema Alimentario Mexicano (SAM), los cuales quedaron rebasados por la organización. Tiempo después, cuando las comunidades ya se habían enfrascado en su construcción, los trabajos se interrumpieron en forma definitiva por el “destape” de Miguel de la Madrid como candidato al gobierno nacional. Poco a poco algunos de los promotores del SAM se enfilaron hacia la organización campesina y fueron partícipes de un movimiento desde las bases que provocó que el segundo municipio que ganara la izquierda en México, detrás de la experiencia de la COCEI en el Istmo de Tehuantepec, fuera ni más ni menos que el de Ignacio Zaragoza, enclavado en el noroeste chihuahuense. Sin embargo, desde sus testimonios, en esta lucha confluyeron las demandas que procedían desde la década de 1965 en el asalto al cuartel Madera, por parte del profesor Gamiz. En suma, estas demandas se coronaron con una lucha por los gobiernos municipales que llevaron a Cuauhtémoc Flores a la presidencia municipal de Ignacio Zaragoza entre 1983 y 1986.

No es objeto de este trabajo reseñar los pormenores de ese proceso. Baste señalar que después de la construcción de las bodegas devino la lucha por los gobiernos municipales, y después por los créditos, los seguros y los precios de garantía. Estas batallas integraron a los campesinos de Zaragoza, Gómez Farías y Madera, que hicieron caso omiso de sus formas de tenencia de la tierra, es decir, no importó que fueran colonos, ejidatarios, pequeños y medianos propietarios, pues en conjunto inauguraron formas de presión antes desconocidas en Chihuahua. Por ejemplo, las clásicas marchas hacia la capital del estado, las tomas de bodegas, las tomas de instituciones bancarias o instituciones de crédito como aseguradoras, el bloqueo de carreteras, la ocupación de tierras, los plantones, los ayunos y otras formas de presión y expresión de los movimientos campesinos y sociales en la década de 1980.¹⁴

Esta organización, la cual rompió las estructuras corporativas del Estado, culminó con la formación de uniones de crédito que más tarde fracasaron debido a la “crisis financiera”, pero sobre todo por la paulatina desaparición del Estado y la entrada de la segunda generación de medidas de ajuste

¹⁴ El informante refiere que entre 1984 y 1985 se tomaron la aseguradora de Cuauhtémoc, de Gómez Farías y el Banco de Crédito Rural. Desde su punto de vista nunca se rompió con el precio de garantía, pero se conseguía un sobreprecio a escala estatal e incluso regional.

estructural. Entre esos nuevos proyectos cabe mencionar la Unión de Crédito del Noroeste, situada en Zaragoza. Asimismo la incipiente Unión de Crédito en Ciudad Guerrero, que agrupaba a productores de este municipio junto con otros de Namiquipa y Gómez Farías, y una más de ejidos que intentó impulsar una central de maquinaria y otra de fertilizantes líquidos, de acuerdo con la entrevista celebrada con Rosario Ponce en Gómez Farías, en septiembre de 2008.

Chayo Ponce menciona al respecto de tal proceso de organización que la primera estocada llegó con el gobierno de Miguel de la Madrid, pues:

Se termina[ron] los apoyos para los proyectos integrales, para los proyectos macro y sólo se apoya[ron] proyectos pequeños, proyectos de comunidad y las uniones de crédito, pues dura[ron] un poco tiempo más hasta la crisis de 1995, que fue cuando ya se le dio prácticamente el tiro de gracia.

Todos los proyectos que se tenían pues de repente se quedaron tirados y no hubo de dónde sacar. Se batalló para entender que se tenía que replantear desde otra perspectiva el movimiento. De hecho se siguen dando las movilizaciones por los precios de garantía, ya con menos intensidad, porque en los primeros años no era nada más el precio de garantía, sino por el crédito, créditos oportunos y suficientes. Banrural estaba apoyando; de hecho nada más daba 75% del costo y la lucha era porque prestara el ciento por ciento y que [además lo hiciera] oportunamente. Al principio se daba pero estaba a destiempo y las aseguradoras, por más cobertura al cultivo, eso fue como en los ochenta y tantos, en la década de 1980. En la década de 1990 ya se viene otra embestida en contra del campo porque es cuando se plantea la desaparición de la Conasupo, la desaparición del banco, y se empezó a retirar Banrural de las regiones, principalmente de las temporaleras de aquí del noroeste. De hecho se hace una clasificación de zona de alta siniestralidad, de baja productividad, y entonces se empezó a retirar...

En voz de este líder, uno de los efectos negativos de tal globalización fue el cierre de empresas estatales que antes comercializaban la producción, el retiro de los escasos créditos para renovación de la tecnología y el retiro de las aseguradoras. Comenzó entonces el fenómeno del desgaste de la organización y luego, como consecuencia lógica, la emigración masiva de gente del noroeste hacia Estados Unidos.

Cuando más adelante le pedí que analizara con mirada retrospectiva por qué no pudo mantenerse el movimiento campesino, tan importante en la década de 1980, señaló:

Creo que nos faltó visión porque todavía seguimos insistiendo que por qué no se apoyaba al campo. Si hubiéramos entendido yo creo que a lo mejor nos replegamos en las comunidades en sociedades de producción rural... No sé, en pequeños grupos, aunque después hicieramos una coordinación entre ellos. Estábamos tan casados con ese proyecto macro o regional, que no supimos cómo darle el sesgo para replegarnos y replantear desde la comunidad otro tipo de lucha de lucha...

Cabe señalar que la estocada final para la organización campesina independiente, que venía *in crescendo*, fue la firma del TLC, y muy en particular las modificaciones al artículo 27 constitucional (Hernández, 1992; Moguel, 1992).

Ahora bien, ¿cómo podemos evaluar esta experiencia si partimos de la existencia desde debajo de un tipo muy particular de organización campesina incipiente en la región si nos enfrentamos a un tipo de asociación y de capital social forjado en principio desde el Estado¹⁵ y posteriormente fuera de él? En este punto habría que señalar que esta lucha y crecimiento de la organización campesina no sólo se dio en un momento, sino que maduró y se transformó en una lucha por las carteras vencidas, pues muchos de estos productores tenían tiempo trabajando con la banca oficial o la privada. De hecho fue la etapa en que hubo una reactivación desde otros frentes del movimiento campesino, esta vez como un frente unificado por la defensa de las carteras vencidas, agrupados bajo la Central de Organizaciones Sociales del Sector Agropecuario (COSSA), y luego bajo la Coordinadora de Organizaciones Campesinas y Organismos Superiores del Sector Agropecuario (COCOSSA), organización que de nuevo feneció, pues las centrales oficialistas no estuvieron de acuerdo con el movimiento. Las organizaciones cercanas al PRI dejaron la coordinadora, y

¹⁵ Es decir: haber organizado a algunos cientos de campesinos en colonias agrícolas generó la formalización de un conjunto de redes y grupos que fueron asociados en los ámbitos político y productivo bajo un modelo antes desconocido para la región. Esta nueva figura se relacionó con la formación de los consejos de administración de las colonias: espacios de discusión y decisión sobre cualquier asunto relacionado con ellas. Bajo esta nueva organización, creada verticalmente por el Estado, los productores agropecuarios recibieron créditos bancarios, apoyo tecnológico y de insumos agrícolas, además de que se constituyeron en una instancia para demandar bienes y servicios urbanos, y tomar decisiones alrededor de sus terrenos pastales, denominados "mancomún", y sus recursos forestales.

las independientes pasaron a formar un nuevo frente, denominado Organizaciones Campesinas en Lucha (OCL), cuya demanda primordial fue el problema de los deudores y que en consecuencia muy pronto se vinculó con El Barzón.

Cuando pregunto por la escasa organización productiva hoy no obtengo respuesta, y si la encuentro es aquella que indica el miedo, la desconfianza hacia el otro, el cuestionamiento a la negligencia o autocomplacencia hacia el vecino de quien se conocen los negocios ilícitos en los que se encuentra. Hoy en día, desde mi perspectiva, prevalece la incertidumbre. No se sabe a dónde se va ni lo que habrá de ocurrir ante la pérdida de las instituciones de apoyo al agro. Acostumbrados a ser “los hijos privilegiados del régimen”, los que recibieron siempre beneficios, hoy sufren la orfandad del Estado.

El campo se ha convertido en la retaguardia emocional. Ahora, tal como lo manifiesta Anthony Giddens, estamos en el terreno de la incertidumbre, porque si algo ha sido subrayado por esta era de globalización exacerbada es la ignorancia respecto a dónde nos dirigimos. Los campesinos del noroeste tienen un futuro incierto; sin embargo, acostumbrados a resistir, forman parte de esta generación de la cual habla Giddens, es decir, de esta que vive en sociedad pero cuyos contornos son poco claros y previsibles. De allí que la globalización no sea una cosa espesa lejos de nuestro accionar vital y cotidiano u algo que se mantenga allá afuera, sino que es también un “fenómeno de aquí adentro, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas” (Giddens, 2006: 25).

Las lecciones están dadas. Algunas de las organizaciones subsisten; se mantienen trabajando poco a poco en un proceso de construcción de equidad entre hombres y mujeres, así como en acciones colectivas para mejorar las condiciones de vida de los campesinos en esta región, como lo es el Frente Democrático Campesino.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*, Barcelona, Tusquets (Ensayo), 2007.
- Barragán López, *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Red Neruda, 1997.
- Becerra Pozos, Laura, Víctor Quintana et al., “La formación y acciones promovidas por Frente Democrático Campesino de Chihuahua, para mejorar las condiciones de vida y de equidad. (1985-2002)”, en *Revista Trimestral Latinoamericana y Caribeña de Desarrollo Sustentable*, vol. 1, núm. 3, 2003, p. 12.
- Díaz-Polanco, Héctor, *Formación regional y burguesía agraria en México*, México, Era, 1982.
- Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, México, Taurus, 2006.
- Giménez, Gilberto, “Prolegómenos”, en *La teoría y el análisis de la cultura*, vol. I, México, Conaculta, 2005, pp. 28-161
- González Herrera, Carlos, “La formación y desarrollo de una élite política de Occidente en Chihuahua. Los pueblos de la cuenca del Papigochic”, tesis de licenciatura en antropología social, México, ENAH, 1985.
- Hernández, Luis, “Las convulsiones rurales”, en Julio Moguel, Carlota Botey y Luis Hernández (coords.), *Autonomía y nuevos sujetos en el desarrollo rural*, México, Siglo XXI, 1992, pp. 235-260.
- Linck, Thierry, “Prólogo”, en *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Red Neruda, 1997, pp. 15-24.
- Moguel, Julio, “Crisis del capital y reorganización productiva en el medio rural. Notas para la discusión sobre los pros, contras y asegunes de la apropiación del proceso productivo”, en Julio Moguel, Carlota Botey y Luis Hernández (coords.), *Autonomía y nuevos sujetos en el desarrollo rural*, México, Siglo XXI, 1992, pp.15-24.
- _____, “Reforma constitucional y luchas agrarias en el marco de la transición salinista”, en Julio Moguel, Carlota Botey y Luis Hernández (coords.), *Autonomía y nuevos sujetos en el desarrollo rural*, México, Siglo XXI, 1992, pp. 261-281
- Orozco, Víctor, *Historia General de Chihuahua III. Tierra de libres. Los pueblos del distrito de Guerrero en el siglo XIX*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Gobierno del Estado de Chihuahua, 1995.
- Palerm, Ángel, “Los estudios campesinos: orígenes y transformaciones”, en *Antropología y marxismo*, México, CISINAH/Nueva Imagen, 1980, pp. 147-168.
- Paré, Luisa, “El debate sobre el problema agrario en los setenta y ochenta”, en *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 39: “Clases y sujetos sociales en el agro mexicano”, junio de 1991, pp. 9-26.
- Quintana, Víctor, “Chihuahua: actores sociales y modernización”, en *Noesis*, año III, núms. 6-7, enero-diciembre de 1991, pp. 53-79.
- _____, “El impacto del ajuste en la agricultura en Chihuahua”, en Carlos A. Heredia y Mary E. Pourcel (coords.), *La polarización de la sociedad mexicana: una visión desde la base de las políticas de ajuste económico del Banco Mundial*, México, Equipo Pueblo, 1994, pp.12-21.
- Robles, Rosario y Julio Moguel, “Los nuevos movimientos rurales por la tierra y por la apropiación del sistema productivo”, en *Historia de la cuestión agraria mexicana. Los tiempos de crisis*, México, Siglo XXI, 1991.
- Rubio, Blanca, *Explotados y excluidos: los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, México, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Chapingo, 2001.